

LA REVOLUCIÓN NACIONAL-SINDICALISTA Y LOS TRABAJADORES

Santiago Montero Díaz

(Historiador)



NOTA PRELIMINAR

Estas páginas sobre los trabajadores y el movimiento nacional-sindicalista son el fiel trasunto de una conferencia pronunciada en Santiago de Galicia el día 28 de abril de 1938, y ampliada solamente en algunos aspectos parciales, para una mayor precisión al convertirla en folleto de propaganda.

Son dos los objetivos que se persiguen en este trabajo. El primero, procurar a los trabajadores de la zona liberada una visión de conjunto de la política roja y sus móviles internos, tal como pude observarlos a través de una larga permanencia entre los rojos. Esta experiencia personal se extiende hasta fines del pasado mes de marzo, y me atengo, en todo, al límite que esa fecha señala.

Y en segundo lugar, procúrase también aquí plantear ante los trabajadores, en forma ordenada y escueta, todos los aspectos de la revolución nacional-sindicalista, en vivo contraste con las terribles realidades de la revolución roja. Nada esencial ha sido eliminado en este esquema nacional-sindicalista. Tratados con más o menos fortuna, y referidos siempre a los trabajadores en su condición esencial de españoles, se encuentran aquí todos los temas de nuestra revolución.

No he rehuído tampoco el abordar con cierto rigor teórico algunos problemas (por ejemplo, los de raíz histórica), porque a estas alturas estoy completamente convencido de que el obrero español apetece y necesita que se le hable con ese rigor conceptual que, en última instancia, no es sino un aspecto más de la probidad política que nuestro movimiento impone y requiere.

NOTA: Hubo otra edición que se tituló "La política social en la zona marxista".

I. INTRODUCCIÓN

Camaradas:

Séame lícito, ante todo, formular una aclaración. Cuando me dirijo con la palabra abierta y fraterna de camaradas a todos los que ahora me escucháis desde esos asientos o a través del micrófono, no lo hago pensando solamente en aquellos que son mis camaradas en virtud de su condición de nacional-sindicalistas, camisas viejas o nuevas, sino especialmente pensando en aquellos que son mis camaradas en virtud de su condición, simplemente, de trabajadores. A todos, sin distinción alguna. A los que sienten con nuestra causa y a los que permanecen al margen de ella. A los que España ha ganado para su servicio, y a los que todavía no han sentido la voz imperiosa de la patria en su conciencia. Pronunciaré hoy aquí palabras de guerra y palabras de paz. Brindo a los camaradas de Falange las palabras de guerra, porque ellas pueden servir de estímulo en la lucha. Brindo a los enemigos las palabras de paz porque ellas pueden ser acaso una invitación a la concordia. Nosotros, la Falange, hemos trazado ante la patria una ruta revolucionaria de inusitada grandeza, hemos interpretado el destino de España como un largo y glorioso camino, ambicioso de lejanías y horizontes. Necesitamos para recorrerlo la compañía de todos los españoles, fundidos en unidad inquebrantable. Por eso Falange no excluye a nadie de su llamamiento. Aspiramos a la conversión del enemigo, y en nombre de España ansiamos que el enemigo de hoy, ganado para nuestra causa, sea el camarada de mañana.

La revolución nacional-sindicalista y los trabajadores

Estamos haciendo la más profunda revolución que Europa haya presenciado jamás. Una revolución por España y para España. La grandeza y la libertad de España son las metas últimas que esperamos alcanzar sobre ruedas de sacrificio y heroísmo. Es pues, un movimiento que tiende a la salvación de una patria, no a la mejora material de una clase, una región, una casta o un grupo. La Falange no es un partido de demagogos. No es ni siquiera, en realidad, un partido. Es eso: una Falange movilizada. Su propio nombre esconde su única definición posible. Por eso, porque no somos hombres de partido ni heraldos de demagogia, no podemos decir a los trabajadores que haremos para ellos la revolución. No. No hacemos la revolución para ningún sector de la patria, por numeroso que sea. La hacemos por la patria entera, superior a todos los sectores que la integran y síntesis de ellos. Pero junto a esta honrada verdad proclamamos la verdad complementaria. Tampoco hacemos la revolución para las otras clases, para las que han regido desde hace doscientos años los tristes destinos españoles. Venimos precisamente a negar que existan clases, a negar su antagonismo y a poner fuera de la ley la lucha de clases en beneficio de los traficantes de la burguesía y de los traficantes del proletariado. Contamos, para ello, en primer término, con los trabajadores de España, sustento de la economía, base de la producción y la prosperidad. El solo nombre de “falange” alude a masa, cantidad, muchedumbre encuadrada en forma para la acción. Por esto la Falange cuenta ante todo con los trabajadores, y jamás organización alguna de cuantas han actuado en la política española soñaron producirse ante las masas populares con la lealtad y la honradez revolucionarla que nosotros, la vanguardia nacional-sindicalista de la revolución española.

Las dos revoluciones

Por esto interesa hoy plantear a fondo ante un público obrero en su mayoría, la situación de los trabajadores ante nuestra revolución, las perspectivas que a su dignidad y su bienestar ofrece el régimen nacional-sindicalista y las que ofrecen los enemigos de España y nuestra causa. Hoy vivimos una guerra sin precedentes en la historia de las guerras civiles. Va para dos años que los españoles luchamos bajo dos banderas adversas, símbolos antagonicos de ideales irreductibles. Pero esta guerra no ha surgido por un azar histórico porque en la historia no existe el azar. Ha surgido de causas entrañables, soterradas en lo más íntimo del alma y lo destinos de España, y actuantes también en lo más íntimo de los destinos y el alma de Europa. Para el observador superficial y exterior, la guerra es la consecuencia del alzamiento militar; para el observador más atento y perspicaz, la guerra es la liquidación violenta y necesaria de un viejo antagonismo, de una pugna cuya tensión llegó al rojo en estos últimos siete años. España era desde los últimos decenios del siglo XVIII un país ajeno a su propio destino. Minorías decrepitas y mediocres manejaban toscamente los más delicados resortes directivos de la vida española.

Al margen de las camarillas oficiales permanecía inerte la verdadera España. El pueblo, las virtudes heroicas, la voluntad de poder y sacrificio, el pasado, la tradición y la santidad de España, todo lo que constituía ese supremo complejo de la patria, quedaba al margen de los equipos gobernantes, intérpretes de voluntades extranjeras o de la propia inocuidad. Era preciso rescatar la patria, desalojar del ámbito nacional los gobernantes sin fibra y los políticos traidores. En semejante estado de inercia y de mediocridad pasaban los decenios grises y sucios del siglo XIX.

Pero al mismo tiempo que aquellos cuadros dirigentes prolongaban la agonía del Estado Español e imprimían un sello de mezquindad y ruina a la mejor de las patrias, más allá de las fronteras se aborrascaba el horizonte de Europa, y nuevas fuerzas, aparecidas en el mundo sin el concurso y al margen de España, entraban en pugna abierta por la conquista del poder en las sociedades europeas.

De un lado, la evolución económica del capitalismo produce en todas las naciones núcleos ambiciosos y minorías rapaces dispuestas a sobreponer los valores económicos sobre el ser mismo de las patrias y sobre los valores del espíritu. La tarea del capitalismo fue la de una fuerza ciega y destructora. El capital construye intereses contrapuestos a los de la nación, y a esto se da el nombre de cosmopolitismo. La industrialización suple con formas abstractas y desarraigadas las formas ingenuas y profunda del estilo, del arte y la vida: esto se llama progreso. La política se organiza con arreglo a la ley brutal de la potencia numérica, y esto se llama sufragio universal. El Estado se convierte en órgano de los más fuertes, el concepto funcionario sustituye al concepto jerarquía, las mayorías se hacen la ilusión de mandar porque así se lo dicen los grupos políticos minoritarios que falsifican su voluntad o engañan su buen sentido: esto se llama democracia. La moral exquisita de la tradición, los códigos del honor y los matices religiosos de los problemas de conciencia quedan abolidos y en su lugar surge la ética abyecta del más fuerte, una moral arrodillada en que el esclavo emancipado se considera como amo, una moral donde los escrúpulos quedan descartados y rigen en cambio los propósitos de triunfo material y económico: esto se llama pragmatismo moral. Y todo eso forma un conglomerado letal que ilusiona durante el siglo XIX a la Humanidad europea. El europeo en plena euforia se enfrenta con el mundo y define con palabras sonoras el carácter de su tiempo: pragmatismo, democracia, cosmopolitismo, sufragio universal, progreso...

Y todo eso no era sino un sistema de negaciones encubierto, todo un conjunto de agresiones contra eternos valores que no constituían meras formas transitorias de los tiempos, sino definitivas conquistas del espíritu. Esa fue, en lo político y lo cultural, la obra destructiva y atroz del capitalismo.

Frente a este materialismo de los capitanes de industria y los financieros sin patria no tardó en alzarse otro de signo contrario. Un materialismo proyectado hacia las muchedumbres, destinado a transformarlas en hordas sin honor y sin ley. La avanzada doctrinal y política de esta vasta empresa de corrupción la constituye el marxismo. El marxismo en todas sus formas, unas taimadas y otras, violentas, unas moderadas y otras extremistas, se dirige a los trabajadores. Señala ante ellos como objetivo visible y final de su lucha, la organización económica y estatal del capitalismo. Y comete, para la seducción y el engaño de las masas el gran crimen de los tiempos modernos; pronuncia ante los trabajadores deslumbrados y confusos de todos los países la gran mentira de nuestra edad: hacía responsable de la rapacidad capitalista y de los atropellos del dinero a la idea misma de la patria.

Según Marx y sus discípulos, la tradición, la idea de patria, el sentimiento religioso, el concepto caballeroso y antiguo del honor, todas esas bases no de la cultura occidental sino de toda cultura posible, son creaciones de los poderes económicos, escudos en los que el capitalismo ampara su auténtica y cruel realidad.

Y precisamente, trabajadores, precisamente fueron esas ideas y sentimientos tradicionales los primeros en sufrir la agresión del materialismo capitalista. Precisamente todo europeo que ansiase la grandeza de su patria, el imperio del honor y el respeto a sus tradiciones tenía que situarse implacablemente frente a las Internacionales del dinero y el bárbaro poder material de los especuladores sin patria.

Los teóricos marxistas no ignoraban esto y procuraban ocultarlo. Ellos iban a su presa. Su presa eran los trabajadores del mundo. Los lanzarían a la vez contra la burguesía y contra lo más sagrado de la tradición y la cultura de Europa. La burguesía había realizado una revolución política y social para imponer el dominio del dinero sobre la jerarquía de los valores tradicionales. Ellos realizarían una nueva revolución social que barrería a la vez a la burguesía y la tradición, lo advenedizo y lo eterno, lo que no tiene entrañas y lo que es la entraña misma de la civilización. Y así rodaron por Europa las dos revoluciones negadoras, la revolución liberal y la revolución proletaria.

La situación de España

Pero a todo esto, camaradas, España sufría también los azares de estos acontecimientos que ella no había provocado. A España cabe el honor de no haber contribuido a crear ninguna de estas dos fuerzas destructivas que conmueven el mundo desde hace muchos lustros. España no había creado el capitalismo, ni la revolución liberal, ni el marxismo. No cabe a la mente ni al hombre español la responsabilidad tremenda de haber desencadenado sobre el mundo esas potencias negativas. Pero cupo, en cambio, a la patria a desgracia de padecer sus consecuencias. Prendió entre nosotros la llama marxista y la llama revolucionaria burguesa. Y sufrimos estos contagios funestos precisamente en la época gris de la decadencia, en pleno siglo XIX, cuando la patria carecía de equipos gobernantes eficaces y austeros, capaces de proponer al pueblo empresas e ideas que inutilizasen la acción corrosiva de la revolución. Hombres aislados, grupos hostilizados desde el poder, fuerzas generosas y desoídas por los gobiernos dañaban en balde contra la inanidad suicida de los organismos oficiales. Y a espaldas de la verdadera España, viva y ausente, se planteaba la colisión a muerte entre los dos materialismos, y resonaban las consignas del liberalismo burgués mezcladas a las consignas de la revolución marxista o anarquista.

El siglo XX agudiza este antagonismo. La evolución mundial de la economía enfrenta con máxima tensión a la concepción política del capitalismo (democracia burguesa), con la concepción política del socialismo (revolución proletaria). Ambas luchan entre sí. Ambas concepciones, antitéticas al ser, a la realidad y al decoro de España, son también entre ellas adversarias a muerte. La República burguesa de 1931 significa precisamente la tensión de esa lucha entre la democracia burguesa y la revolución proletaria.

Ahora bien: la democracia burguesa no tenía otra salida que la revolución marxista. Esta era a la vez consecuencia lógica y sepulcro en futuro de la burguesía liberal y revolucionaria. Pero esa pugna entre las dos revoluciones desangraba a España, la envilecía y amenazaba aniquilar hasta sus raíces más profundas.

Y España despertó. En los años de máximo peligro un grupo heroico y genial encuentra entre la hostilidad general la fórmula salvadora. Y aparece en las calles de España la consigna salvadora: Nacional-Sindicalismo. Las JONS, la Falange, y después la Falange Española de las JONS. Entonces no éramos nadie. Los hombres sesudos, los graves caballeros de los casinos y las llamadas personas de orden pactaban con la revolución. Partidos que se creían herederos de los poderes del cardenal Cisneros, pactaban también. Sedicentes depositarios de no sé cuáles mitos conservadores, aceptaban también el pacto y el diálogo. Quedaban sólo, al margen de la marejada, los grupos violentos y juveniles del nacional-sindicalismo, y el requeté agreste y heroico, irreconciliable con la plutocracia, irreductible ante el imperio del dinero y el tráfico de la revolución. En total, unos cuantos jóvenes que caían día por día en las calles, sin miedo y sin rencor. La revolución los asesinaba. Las fuerzas de orden tachaban de revoltosos a los que todavía no habían sido asesinados. Y sin embargo en ellos estaban la verdad y el futuro. Eran la minoría decisiva y veraz. En sus labios cantaba la profecía de una España mejor. Eran suyos, a la vez, por rara y heroica paradoja, el porvenir y la muerte.

La guerra

Y el proceso que había de llevarnos a la guerra se precipita a partir de ese momento. España había recobrado su voz. Ya la patria tenía de nuevo el cauce de sus destinos, claro ante los ojos de su minoría mejor. En aquellas Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista no se alzaba la rebeldía de unos jóvenes de sangre ardorosa. Se alzaba la patria entera. Eran videntes arrebatados por el trance del sacrificio. Eran toda una fuerza, a la vez escasa y arrolladora, minoritaria e ingente.

En la contienda aparecía un nuevo combatiente: nada menos que España. Y ante ella, contra ella, se unieron estrechamente la revolución de la democracia y la revolución del materialismo marxista. Éramos el enemigo común. El primer bienio de la República había perseguido bárbaramente a los trabajadores. Casas Viejas y las deportaciones del levantamiento del Llobregat hablaban muy claro sobre la crueldad de que eran capaces las izquierdas burguesas. Pero unos y otros, los revolucionarios del lado burgués y los del lado proletario, olvidaron pronto la sangre que mediaba entre ellos. Precisamente porque esa sangre no les importaba. Precisamente porque sobre esa sangre basaban sus intereses los dirigentes marxistas como puede un financiero burgués basarlos sobre el petróleo o la nafta. Y ambas revoluciones se fundieron en una sola, en un bloque único y destructor contra aquella España juvenil y nueva, que había encontrado

—por fin— el secreto de la España eterna.

Contra esta revolución mestiza de demócratas y socialistas, contra este maridaje de traficantes políticos burgueses y traficantes políticos proletarios, se alzó la consigna clara y decisiva de una nueva revolución, de la revolución nacional-sindicalista.

También nosotros éramos revolucionarios. La revolución supone la impaciencia. Sabe que nada se puede esperar de los procesos lentos y legalistas que abandonan los destinos de un pueblo al arbitrio del enemigo. Sabe que hay que alterar por la violencia el orden ficticio para imponer, también por la violencia, el orden profundo y esencial. Por impacientes y por violentos éramos revolucionarios. Aspirábamos a desarticular por medio del coraje y de las armas el orden burgués, al mismo tiempo que el avance destructor del marxismo. Para ello, lanzamos a los vientos de España el evangelio de una nueva doctrina: restaurar la grandeza, la libertad y la unidad de España; asegurar a los trabajadores la dignidad y el bienestar; respetar la iniciativa privada en la economía, pero sometiéndola a los intereses supremos de la patria; unir en un haz inmenso todas las fuerzas de España para lanzarlas algún día a una empresa exterior de imperio y de dominio. No pretendíamos más, y estábamos dispuestos a dar la vida por la integridad de esas aspiraciones.

Y he aquí, camaradas, que nuestra doctrina cayó entre los españoles como el rocío bienhechor sobre los campos. Los sectores más sanos y mejores de la patria respondieron al llamamiento. Pronto se formó una minoría compacta y heroica y se montó la guardia en torno a los postulados del sindicalismo nacional. Obreros, estudiantes y militares formaron esa mayoría. Obreros, estudiantes y militares: es decir, pueblo, pueblo y pueblo. Nació el nacional-sindicalismo con la doble condición de ser una doctrina de minorías y, al mismo tiempo una doctrina popular.

La coalición liberal-marxista vio claro. Estábamos ganando la universidad, los sindicatos y el ejército. Los tres pilares de España. Entonces fue necesario activar la ofensiva contra nosotros. La ofensiva contra nuestra ofensiva. Y apareció, con el visto bueno de Rusia, el Frente Popular. Y ahí tenéis dos procesos en marcha: el de la revolución nacional y el de la revolución destructora; dos procesos que fatalmente convergen al choque ya desde el momento mismo que el Frente Popular alzó en la calle sus banderas de enganche. El 17 de julio no fue el comienzo de la guerra, fue simplemente la declaración.

La guerra pues, la había comenzado el nacional-sindicalismo, pero la declaró el ejército, ganado por nosotros. Por eso no era un golpe de Estado militar, un pronunciamiento o una cuartelada. Era toda una cruzada civil. La Falange fue el centro de reclutamiento de la patria. No fue una caja de recluta al servicio del generalato y de los ricos sino del ser y la vida de España. El ejército dio la señal de ataque, la técnica, la ciencia y la sangre de sus hombres. La Falange dio la consigna, la teoría, el programa, la promesa, el ideal en nombre de que se fue a la lucha y sin el cual la victoria no fuera posible. Ved, pues, que es preciso carecer de sentido histórico, padecer de la más absoluta miopía para juzgar nuestra guerra como el resultado de un pronunciamiento militar.

Las dos zonas

Pero no todo el Ejército estaba a nuestro lado. También allí había sectores corrompidos, vendidos al Frente Popular. El marxismo en coalición con las fuerzas interiores y exteriores enemigas de la patria había echado raíces demasiado profundas y los primeros días fueron días de triunfo absoluto. Entonces se constituyen, frente a frente las dos zonas de España. Una en la que triunfa la revolución nacional; la otra, sometida a los mandos antiespañoles de la revolución roja.

Y aquí empieza el formidable valor histórico y político de la experiencia española. Ya tenemos al marxismo instalado en el poder. Una gran parte de España permanece bajo el poder de la coalición roja. Burgueses de izquierda, marxistas, anarquistas van a probarnos, en la coyuntura decisiva y crucial qué es lo que había detrás de sus promesas, cuál era la realidad que encubría sus palabras, hasta qué punto sus programas eran una falacia o eran honrados objetivos de lucha.

La guerra había situado a ambos bandos, el que hoy gobierna en esta zona y el que hoy tiraniza en la otra en un plano de verdad y de últimas instancias. A partir del 18 de julio en una y otra mitad de España no podrían hablar ya sino los hechos, y al lado de ellos las palabras serían meros sonidos si las obras no las respaldaban.

Estudiamos brevemente con relación a los trabajadores, y dejando de lado otro aspecto de importancia esencial,

cuáles fueron esas obras en la zona roja y cuál es allí el sentido inequívoco de los hechos. Hablen por mí las realidades que durante meses y meses se han desarrollado ante mis ojos en su irrecusable verdad.

II. LOS TRABAJADORES ANTE LA REVOLUCIÓN ROJA

Organizaciones y partidos en la zona roja

De los partidos de la revolución burguesa no vale ni la pena hablar. Desde antes de la guerra, desde los días mismos del Frente Popular no eran sino sombras de sí mismos, pantalla e instrumento del marxismo. La revolución liberal había abierto las compuertas de la revolución proletaria y estaba supeditada a ella en absoluto. A través de la guerra, Izquierda Republicana, Unión Republicana o Esquerra Catalana no son sino etiquetas vacías para dar a las plutocracias extranjeras la sensación de equilibrio y moderación que necesita la primera etapa del triunfo marxista, antes de lanzarse a fondo en su verdadero significado. Estas organizaciones daban pretendidos hombres de gobierno — Azaña o Giral— que operaban como ejecutores ciegos al servicio de los potentes partidos marxistas: funcionarios que expedientaban a las órdenes de los capitostes socialistas, o embajadores encargados de repetir en las capitales del mundo que la España del Frente Popular era una oronda y pacífica república burguesa. Pero ni un momento los prohombres de la burguesía revolucionarla han gozado de la menor autonomía ni mando efectivo en la zona tiranizada. Su papel no excedió jamás el de mandatarios sumisos o rábulas obedientes.

Otra cosa sucede con el partido socialista. Yo no he comprendido jamás cómo los trabajadores españoles pudieron poner su confianza en los hombres del partido socialista. Sector que pudiéramos llamar minimalista del marxismo, la II Internacional, en España como fuera de España, ha participado de la misma política tortuosa y propicia a todo género de adaptaciones que los otros sectores del marxismo. Sus hombres más representativos, como Largo Caballero, colaboraron mansamente en la Dictadura del General Primo de Rivera. Adoptaron después la postura “templada” de la democracia liberal burguesa al advenir la República sangrienta de 1931. Entonces, en abierta oposición a los sectores revolucionarios del proletariado, en franca coalición con la burguesía de izquierda —representante de grandes financieros y de los intereses capitalistas antiespañoles— se lanzó a las represiones sangrientas que jalonan trágicamente la historia del proletariado español con los nombres de Arnedo, Bujalance, parque de María Luisa, Villanueva de la Serena o Casas Viejas. Desalojados del poder, adoptaron posturas extremistas, y pactaron alianzas con aquellos partidos, como el partido comunista, cuyos afiliados sufrieron la persecución implacable de Largo Caballero. Yo recuerdo aquella declaración de Largo Caballero cuando al abandonar el sillón ministerial en una de las crisis Azaña, decía que había dejado el poder más rojo que nunca. Y recuerdo también que “Mundo Obrero” comentaba en una caricatura esta declaración, pintándole empapado en sangre. No hay en el Partido Socialista Español una línea clara y definida: los trabajadores que han seguido a esos líderes han sido alternativamente empujados a una política de claudicaciones ante las exigencias patronales, o llevados a revoluciones sangrientas, según que sus jefes estuviesen cerca o estuviesen lejos de los resortes del mando y los puestos confortables del poder. Durante la guerra, los hombres del Partido Socialista han seguido fieles a su sistema de infidelidades. La etapa Largo Caballero significa la simulación sangrienta y revolucionaria, y la etapa Negrín significa el halago servil a las plutocracias extranjeras. En todo momento el socialismo español ha sido digno congénere del socialismo alemán, aquel partido que tan pronto votaba en el *Reichstag* por la declaración de la guerra europea, como hacía asesinar en Berlín a los espartaquistas. Es vergonzoso que haya habido millares de trabajadores españoles que alguna vez depositaran en esa política insincera y reptante un adarme de confianza.

Y algo análogo debo decir de la Sección Española de la III Internacional. El record de las inconsecuencias lo ha batido el siniestro Partido Comunista. Una vez más debo repetir aquí aquella advertencia que los hombres de las JONS formulábamos al proletariado español en 1933, al gritarle que el Partido Comunista era un simple mandatario del imperialismo ruso, capaz de empujar las masas a la violencia y la muerte, o de entregarlas a la rapacidad capitalista según conviniese a los intereses particulares de la URSS, de cuya política exterior son instrumento ciego las secciones de la III Internacional. Recordad brevemente la “evolución” del Partido Comunista. En 1931 es un sector aislado y agresivo, del proletariado. Todos son para él enemigos mortales. El socialismo, socialfascismo; los republicanos, liberalismo; los anarquistas, anarcofascistas; hasta el desdichado Lerroux era un fascista, y en el día del mitin radical de

la plaza de toros en Madrid, “Mundo Obrero” decía textualmente que aquello era análogo a la marcha de Mussolini sobre Roma, y llamaba, en pleno delirio, Bonaparte al tembloroso caudillo radical. Entonces el Partido Comunista tronaba contra los crímenes socialrepublicanos de Arnedo y de Casas Viejas. Entonces denunciaba como traidores a Prieto, a Largo, a Pestaña, a Casares o Azaña. Pero todo aquello no era sino una consigna rusa. Convino después a la política exterior de la URSS moderar la situación española, y bastó un “ukase” de Moscú para despedir de los mandos comunistas a los dirigentes que habían orientado la política del partido: Bullejos, Adame, Trilla, y los demás capitostes del tinglado comunista fueron declarados agentes del fascismo, y sustituidos por nuevos mandatarios que en menos de veinticuatro horas imprimieron al partido la política opuesta. Hasta que llega la decisión de la Komintern que lanza la consigna “Frente Popular”. Y entonces, bajo la égida del cabecilla José Díaz, el partido, como si nada hubiera ocurrido, sella el pacto de coalición con los demócratas de izquierda, con el socialismo y los partidos liberales o los navegantes solitarios como Sánchez Román. Y desde ese momento, Azaña dejó de ser un verdugo, Largo un traidor o Casares el perro de presa de la burguesía. La sangre que mediaba entre el proletario comunista y la República del 14 de abril sirvió sin duda para firmar el pacto. Precisamente sobre esa sangre traficaban los líderes, Y con esa política va el partido a la guerra. A decir a las burguesías extranjeras que ellos son un partido más en la coalición burguesa y marxista, que España es una tranquila democracia, que después de la guerra reinará el sol republicano de los cromos de la revolución francesa.

Yo me pregunto si será posible que un solo trabajador español pueda aceptar ni siquiera que exista una apariencia de honradez a través de todas esas contradicciones, de ese clima de claudicación y embuste permanente.

Y queda, como tercera organización de grandes masas proletarias, la CNT. Muchos trabajadores hablaban de la pureza de la CNT de su irreductibilidad, su consecuencia y la fidelidad a sus postulados. El apoliticismo absoluto era el rasgo esencial de la Confederación. La intransigencia con el Parlamento, el Gobierno, el Estado y los cargos. En ello estaba toda su historia, su blasón, su bandera. Y llegó un día en la historia confederal, que la coyuntura revolucionaria y anarquista se muestra, propicia. Una ocasión única para probar la firmeza de su historia. Fue la Crisis de los primeros días de noviembre de 1936, al aproximarse nuestro Ejército a Madrid. En aquel momento de desconcierto del campo rojo, la CNT podía una vez más haber mantenido su intransigencia. Podía haberse lanzado a la captura del Poder por los sindicatos, o por lo menos, si le faltaban arrestos, no haber aceptado la responsabilidad de las futuras derrotas ni la complicidad en el juego sucio del Gobierno burgués-marxista que ella denunciaba a diario. Pero tampoco en la CNT había consecuencia, ni firmeza, ni tesón. Renegando de toda su historia, traicionando su tradición y su programa, la CNT forma parte del Gobierno terrorista de Largo Caballero, comparte la culpa de innumerables fracasos, constituye una opulenta burocracia y se encharca en la política posterior de la España roja, en que la cobardía y la indignidad llegaron a señalar su máximo posible.

Y hasta aquí, trabajadores, he analizado la conducta de estas tres grandes organizaciones. Socialismo, III Internacional y Confederación, desde un punto de vista abstracto, solamente en lo que respecta a la consecuencia política, a la dignidad de una trayectoria. Nada os he dicho aún sobre su actuación en vista del problema gigantesco de la guerra, ni sobre su comportamiento con las masas trabajadoras. Veamos, pues, estos aspectos.

Las crisis políticas en la España roja

En lo que respecta al problema de la guerra, nada aclara tanto la conducta de los partidos llamados obreros como un examen de las crisis. La primera crisis ministerial de gran envergadura ocurre inmediatamente después de la caída de Talavera. Dimite el sanguinario profesor Giral. Esta dimisión es una prueba más de la inocuidad de los partidos republicanos. Ellos y sus hombres eran simple pantalla de la revolución marxista. Eran la sonrisa liberal sobre las intenciones siniestras de la revolución. Así, pues, llegado un momento de gravedad enorme, tomados Badajoz, Maqueda y Talavera, amenazados Toledo y Madrid, los partidos proletarios creyeron llegado el caso de tomar directamente el poder, desalojando a sus complacientes mandatarios, Y Largo Caballero toma la presidencia del Gobierno.

Aquí aparece el primer hecho de gran volumen en la crisis: el sector maximalista del socialismo se encarga del Poder. Y los encargados de la exaltación del nuevo Gobierno, son, ante todo, los comunistas. La III Internacional se pone al servicio del bonzo supremo de la UGT. Largo Caballero pasa a la categoría de semidiós. Se forma el mito del “Gobierno de la Victoria”. Largo se transforma en el Lenin español, guía del proletariado, cabeza visible de la revolución. Y el record de la furia apologética lo baten siempre los comunistas. La adhesión de estos aparece como incondicional,

ilimitada, absoluta. Es la apoteosis de Largo Caballero...

El nuevo jefe del Gobierno, embriagado con esta campaña, se entrega a los comunistas. Y les abre el paso a la Unión General de Trabajadores. La UGT era para Largo su plataforma. sostén y apoyo. No tenía, como Prieto, las masas políticas socialistas. Tenía, en cambio, las masas sindicales y en ellas basaba su fuerza, y en nombre de ellas llegó al Gobierno. La alianza con el Partido Comunista permite a éste irrumpir en la UGT. Y desde el mismo día de su exaltación a la presidencia, Largo Caballero inconscientemente, comienza a pagar la factura. Cada artículo apasionado de “Mundo Obrero” le cuesta un sindicato, cada discurso apologético de “La Pasionaria” le cuesta una secretaria sindical...

Y en pocos meses, el Partido Comunista ha logrado la hegemonía real, efectiva y numérica en el seno de la UGT. Y de repente, sin transición, con la brusquedad y el despotismo de tradición perfectamente asiática que le caracteriza, el Partido Comunista, o más exactamente la Komitern, imponen la caída del ilusionado jefe sindical de la UGT. El pobre “Gobierno de la Victoria”, que había perdido batalla tras batalla y había abandonado Madrid presa del pánico de la derrota, desaparece para siempre. En una carta insultante, despectiva y fría, José Díaz comunica a Largo Caballero que ya no hace falta, que ya ha cumplido su misión. El ídolo de ayer, en menos de cuarenta y ocho horas pasa al olvido y al desprecio. Ese es el acostumbrado final de las hipócritas alianzas marxistas. Y Largo se ve abandonado hasta del grupo del periódico “Claridad”, hasta entonces los fieles turiferarios de su renombre.

Pero no es Francisco Largo Caballero hombre propicio a la conformidad, e intenta dar la batalla. Piensa apoyarse en la UGT, como de costumbre, como antaño, cuando su prestigio sindical le permitió ser delegado de trabajo con la Dictadura o ministro con la República. Y he aquí que la UGT le falla. La Ejecutiva es suya, porque la Ejecutiva es anterior a la guerra. Pero los sindicatos ya no lo son, y el pobre jefe de la Victoria no se atreve a afrontar un pleno de directivas en su propio feudo, intenta pronunciar un discurso y el flamante Gobierno Negrín se lo prohíbe. Intenta hablar y el Partido Comunista le amenaza con el desprestigio y la violencia. A lo sumo le queda ya la perspectiva de escribir melancólicamente sus memorias, y Largo se retira para siempre...

Y he aquí, desde el 15 de mayo de 1937, al flamante profesor Negrín en el Poder. Pero Negrín no es allí más que una sombra. El verdadero Poder, el hombre a quien la prensa roja y los corifeos de los partidos exaltaban hasta la apoteosis era Indalecio Prieto. El artífice de la nueva exaltación fue otra vez, el Partido Comunista.

La prensa roja había exaltado en el primer momento a Largo Caballero porque encarnaba el sector revolucionario del Partido Socialista, y exaltó después a Indalecio Prieto porque encarnaba el sector moderado. Con Largo Caballero, el Partido Comunista había buscado apoderarse de la UGT. Con Prieto, buscaba infiltrarse lentamente en el Estado, y minar su prestigio en el Partido Socialista.

La táctica del Partido era clara. Desacreditar a los demás partidos, a los jefes. De la guerra, ni hablar: Rusia le garantizaba la victoria. Acabada la guerra, nadie podía disputarle el poder: contaban para ello con el mercenariado internacional y la más poderosa de las centrales sindicales.

Pero Prieto no representaba el papel de juguete tan a la perfección como Largo Caballero. Y se entabló una lucha solapada, de apariencia cortés y en realidad implacable. Prieto, contra el Partido, y éste contra Prieto. Ambos, de vivo a vivo.

El Partido obtenía cuanto quería en Instrucción, en Agricultura, en mandos políticos, de brillo externo y gran fachada. Y Prieto, día a día, con una labor cotidiana e incesante de “Gaceta” y “Boletín Oficial”, iba haciéndose con el Ejército, y minando el terreno al Partido Comunista, hasta en las mismas columnas Internacionales. Y así se acentuaba la tensión entre ambos adversarios; se hacía más dura y más cruda la pugna. La prensa, se había dividido, y como no había victorias que disputarse, cada uno procuraba achacar a su colaborador la última derrota.

Se aproximaba el estallido, y éste hubiera venido en forma de una crisis en que uno de los contendientes habría quedado desalojado para siempre. Sin embargo, el estallido no llegó, porque la victoria de nuestras armas interrumpió este proceso lento de antagonismo entre el líder socialista y los mandatarios de Rusia. Un buen día, bien cercano aún, cuando más fuerte se sentía, cuando había ya reconquistado casi todo el Ejército, el Orden Público y hasta parte de los sindicatos, Indalecio Prieto sorprende a todos con su dimisión.

“Le han desahuciado”, dicen algunos, “ha corrido la suerte de Largo Caballero”, opinan otros. No. Prieto, más inteligente que los otros, les ha desahuciado a ellos. Prieto sabe hace muchos meses que la guerra está perdida. El conflicto internacional que era su remota y explícita esperanza no estalla. Las llamadas grandes democracias, tienen demasiado que hacer con ocultar su miseria y su hundimiento progresivo. Prieto ve la catástrofe inminente, y él no

quiere ser el hombre sobre quien se derrumben las techumbres, Prieto ha llegado a la vida política con una ambición ilimitada, y a la vida humana con un instinto de conservación superior a todo lo concebible. Y las hecatombes no le sorprenden jamás desprevenido.

Si resumimos el análisis de estas crisis, podemos sentar las conclusiones siguientes: en la crisis Giral, el Partido Comunista no piensa en la derrota de Talavera, piensa en la UGT. El partido socialista no piensa en el avance nacional, piensa en asegurarse en los resortes del Poder. La CNT tampoco piensa en el 7 de noviembre, sino en incrustarse en el Estado y proliferar su burocracia sindical. En la segunda crisis, los comunistas buscan hundir a Prieto, y Prieto piensa asegurarse el ejército, mientras la Confederación llora los ministerios perdidos.

Entonces, preguntaríaís vosotros, ¿y la guerra? ¿quién se ocupa de la guerra? Ahí está la enseñanza de esas crisis, trabajadores: de la guerra no se ocupa nadie. Todos desearían ganarla, porque les va en ello el ser o el no ser, pero ninguno es capaz de ponerla sobre los intereses de partido, de traerla a primer plano. Todos, con una invidencia y un egoísmo sin precedentes, piensan, antes que en ganar la guerra, en situar al partido, y en situarse ellos dentro del partido mismo.

Los partidos revolucionarios, traidores a España en primer término han sido en segundo término traidores a sus masas, a sus programas, a sus mismos objetivos. Una vez más los trabajadores fueron víctimas de una estafa política. Ellos fueron la masa lanzada a la matanza en beneficio de unos jefes que en el peor de los casos cuentan con la escolta armada y el avión que les espera.

La situación de los trabajadores

Y pasemos ahora al otro aspecto que nos proponemos examinar: la situación material de los trabajadores en la zona roja. Debemos aquí distinguir dos momentos. El primero, corresponde a los meses de euforia revolucionaria. A los saqueos, los robos, los asaltos a las casas y a los Bancos. Esto no tiene nada que ver con los trabajadores. El hampa, algunos grupos de criminales y una buena parte de los dirigentes políticos y sindicales mejoraron su vida. Los trabajadores, que permanecieron al margen del crimen y del robo, no elevaron en lo más mínimo el nivel de su modestia.

Pero pasadas los meses primeros de la revolución, cuando la necesidad comenzó a proyectar su crudo perfil sobre la realidad económica en la zona del Frente Popular los trabajadores comprobaron aún más a fondo cuál era el verdadero programa social de sus dirigentes, y qué es lo que en rigor se escondía en el fondo de sus promesas revolucionarias.

Jamás, camaradas, en la España capitalista anterior al año 1936 había tenido lugar una ofensiva contra los salarios análoga a la desencadenada por el llamado Gobierno de la Revolución.

La administración roja había hundido totalmente la economía. Tres fueron los factores de la catástrofe económica. En primer lugar, los saqueos y el derroche de los primeros meses, cuando las milicias sin control ni medida se dedicaron a la requisita de materias primas, riquezas y medios de producción. En segundo término la rapacidad imperialista de Francia y Rusia, que a cambio del material de guerra facilitado se llevaron el oro y los productos españoles. Y por último, el abandono en que fábricas y campos quedaron ante el régimen de inseguridad económica que el Gobierno rojo ofrecía al exterior y al interior del país. No hay economía por colectivista que pretenda ser, capaz de resistir meses y meses la acción conjunta del derroche, el saqueo, la mala administración, el terror político, las levas militares, y la entrega constante de materias primas y oro a dos grandes potencias insaciables.

Tenía que llegar la catástrofe y llegó. Los trabajadores de la zona roja saben bien hasta qué grado terrible hubo que sufrir privaciones y miserias. Ahora bien: cuando en un país se producen estas circunstancias, cuando escasea lo más necesario, cuando los precios alcanzan niveles fabulosos y la alertas de primera necesidad desaparecen de la circulación, las clases dirigentes no tienen sino dos salidas. Dos únicas calidas, camaradas. O fomentan el trabajo creador de riqueza, o se lanzan a fondo contra los salarios.

La primera salida no era accesible a las posibilidades rojas. Para fomentar en escala nacional el trabajo creador es necesario un régimen de seguridad personal, de ordenación interior y de jerarquía sobre las masas disciplinadas, que el Gobierno del Frente Popular no podía soñar siquiera.

La segunda salida era más sencilla. Se mantendrían los sueldos fabulosos de los dirigentes sindicales, el funcionariado político y el llamado ejército popular. Se mantendrían también los precios impuestos por la carencia de

alimentos, de vestidos y de primeras materias. Pero la economía, la triste economía roja, hallaría su compensación y su equilibrio en negar a los trabajadores el mínimo exigible para una vida digna. Se conservaría el nivel medio de salarios a diez pesetas. Jamás el verbo conservar ha tenido un significado tan falaz. Decir al mundo que se había “mantenido” el tipo medio de jornal, cuando todos los sueldos políticos habían aumentado, cuando se había encarecido intensamente la vida, cuando ninguna de las restantes facetas de la vida económica se había mantenido en consonancia con aquel tipo de salario, no era sino una mentira gigantesca, y de esto cínico embuste vivió la propaganda roja. El obrero percibía, en efecto, diez pesetas, cuyo valor adquisitivo no llegaba al de dos pesetas en tiempos anteriores a la revolución.

Un detalle concreto ilustrará todo esto. El Gobierno rojo mantuvo la ficción del abastecimiento de las grandes ciudades por cartillas de racionamiento. Con estas cartillas se suministraban cantidades exiguas de garbanzos, lentejas, arroz o malta. Rara vez azúcar, y muy pocas, bacalao, carne o chocolate. Nadie podía vivir con lo que se le facilitaba en la cartilla, Era necesario buscar un implemento. Comprar algo fuera del racionamiento era lanzarle a la ruina. Si por alguna combinación afortunada se tenía oportunidad de adquirir alimentos, era a base de pagar cantidades que excedían con mucho de las diez pesetas de jornal. Sólo los dirigentes rojos podían disponer a las cantidades necesarias. Y entonces los trabajadores de Madrid buscaban la salida en los Comedores Colectivos, organizados por los sindicatos. Los Comedores Colectivos habían establecido sus oficinas en la calle del Doctor Cortezo. El régimen era de plato único, garbanzos o arroz, a dos pesetas. Se trataba, en suma, de una estafa formidable organizada por los sindicatos. Pero aún para ser víctimas de esta estafa, aún para poder comer en los salones del Doctor Cortezo era preciso ser un privilegiado: en primer lugar, se precisaba estar bien provisto de documentación sindical y política, y después de mostrar esa documentación, para poder adquirir el vale, al precio de dos pesetas, había que formar una cola que comenzaba a las once de la noche para el día siguiente a las ocho de la mañana. Miles de trabajadores quedaban sin poder comer todos los días, y con la desesperación de no poder llevar alimentos a sus casas. Mientras tanto los dirigentes se valían de sus prerrogativas de jefes para hacerse traer todo cuanto necesitasen...

Esta era la situación de Madrid idéntica en todas las ciudades de la zona roja, y en algunas como Barcelona, todavía más grave. Así, pues, los trabajadores se encontraban en tremenda inferioridad de situación con respecto a sus dirigentes, a los militares y los funcionarios rojos; víctimas de un hundimiento económico que ellos no habían provocado, y atendidos, en tiempos de hambre y escasez, a un jornal que resultaría escaso aún en tiempos de abundancia.

El hundimiento económico

Me he referido reiteradamente al hundimiento económico. El hecho de que en ninguna ciudad de la zona roja fuese posible a los pocos meses de guerra, comprar alimentos sin cartilla de racionamiento, habla bien alto sobre las proporciones que este hundimiento alcanzaba en la realidad. Hasta qué límites se llegó en el orden industrial, lo proclama el hecho de que las quintas llamadas al comenzar el año 1938 fuesen obligadas a presentarse en los cuarteles con botas y mantas, teniendo en su poder los rojos las fábricas catalanas. Y en cuanto a la agricultura, pregúntese a quien haya recorrido la zona roja de Valencia a Madrid o de Madrid a Murcia o Almería cuántos campos ha visto cultivados y en forma para la producción.

La verdad oficial achacaba a la guerra el hundimiento económico. Y en ello lanzaba la más cruda acusación contra la inepticia y la culpabilidad de los administradores rojos. Porque en efecto: la retaguardia del Frente Popular era incomparablemente más rica al comenzar la contienda que la retaguardia azul. Los recursos de que se dispone, teniendo en la mano el carbón de Asturias, la siderurgia vasca, la industria catalana, las huertas de Valencia y Murcia, las regiones cerealistas de Castilla la Nueva, eran incalculablemente superiores a los nuestros. Y con todo ello, muy pronto, el despilfarro y el robo habían postrado la economía, habían elevado increíblemente los precios y provocado la más inhumana ofensiva contra los salarios de los trabajadores manteniéndoles a un nivel en franca contradicción con el alza de los precios en los mercados.

Mientras esto ocurría, la España nacional-sindicalista, con menos recursos había mantenido el nivel de vida de los precios, de los salarios, todo ello referido a un tipo económico anterior a la guerra sin más que algunas leves alteraciones impuestas como subsidio a los combatientes y cargadas más bien sobre las industrias y los productores adinerados que sobre las entradas modestas de funcionarios y trabajadores.

Este contraste es demasiado claro, y sobre todo demasiado evidente, para que un trabajador inteligente dude de

su significado.

Yo he pensado multitud de veces en lo que sería que los trabajadores españoles el día en que triunfando los rojos sobre la totalidad del territorio nacional, pudiesen lanzarse a la realización de su programa social sin límite alguno. Tened la seguridad obreros españoles, que la más dura explotación imaginable dentro del sistema capitalista no tendría comparación con la suprema indignidad de aquel régimen.

El terror

Y ahora tratemos de un aspecto que interesa especialmente a los trabajadores: el terror en la zona roja. Interesa desde un punto de vista estrictamente moral. Porque el Gobierno del Frente Popular, en su afán de justificarse ante el mundo, para apartar de su cabeza una sangre que recae directamente sobre ella, ha lanzado sobre los trabajadores de la zona oprimida por el marxismo la más odiosa de las acusaciones.

No es un secreto para nadie que en todas las ciudades y los pueblos de la zona roja, el crimen y el saqueo han sido practicados meses y meses en la más absoluta impunidad. No se trataba de los excesos inevitables durante unos días en toda conmoción social. Era el crimen sin freno alguno, el terror ejercido por la iniciativa privada de algunas minorías y consentido con la complicidad cobarde y complacida del Gobierno. Era una situación que duró meses y meses y que el Gobierno del Frente Popular no hizo nada por atajar, sino que fomentó plácidamente.

La forma más conocida de terror en Madrid, Barcelona o Valencia, fue la de conducir a una persona a las afueras de la población y asesinarla allí. Unas veces bastaba para ello una simple sospecha, y por lo general, un mero antecedente político. Este caso, repetido millares y millares de veces, es el que llegó a hacerse típico. Pero al lado de esto hay otras formas de terror: el tormento, las sacas de la cárcel, la actuación ilegal de los llamados Tribunales Populares, las checas, las prisiones clandestinas. Toda la gama infinitamente variada, que acertó a crear la fantasía y el sadismo revolucionarios.

Pues bien, todo esto lo explicaba el Gobierno rojo a la opinión mundial como un desbordamiento de las masas cuyo afán de justicia tomaba derivaciones lamentables que no se podían evitar. Era, según la versión oficial, el cauce violento de la justicia popular.

Pues bien, esta versión era una infamia. Era lanzar sobre los trabajadores la acusación tremenda que solamente —en justicia— podría recaer sobre el Gobierno mismo. Los trabajadores no fueron, en la zona marxista, los responsables de los asesinatos. Los trabajadores permanecieron al margen de la guerra y de la revolución, limitándose a sentir sus consecuencias o marcharon a los frentes a defender valerosamente una causa injusta y perdida. Y mientras tanto, algunas cuadrillas de asesinos, obedeciendo inspiraciones de los dirigentes y de los delatores rojos, se lanzaron a la matanza con el beneplácito efectivo y a veces con el expreso aliento de los gobiernos.

Y esta es la verdad, ésta y no la versión oficial lanzada por el Gobierno, responsable directo de los crímenes cometidos. Sobre él, y no sobre los trabajadores, recae la verdadera culpabilidad.

Prueba de que ni un solo momento las esferas oficiales han procurado con lealtad humanizar la situación de la España roja, es la intensidad que alcanzó el terror en los últimos meses, cuando comenzó a ejercerse por cuenta del Gobierno y sus agentes. Con el pretexto del contraespionaje, el Servicio de Investigación Militar montó una red tremenda de policías y agentes pseudo-militares y, a su cargo, con el marchamo oficial, se ejerce la más espantosa represión en toda la España roja. Ahora no reaparecen, como en los primeros meses de la guerra, las personas detenidas y asesinadas. Ahora no se dan públicas disculpas ante la opinión extranjera. Ahora la víctima es ejecutada en el secreto de un campo de concentración o de una brigada disciplinaria. Y nada más se vuelve a saber del desaparecido, que en los meses revolucionarios de 1936 habría sido encontrado al día siguiente o a los pocos de su desaparición, fusilado en cualquier rincón de las afueras, después de haber cumplido en él la “justicia popular” los requisitos indispensables de torturarle previamente y de quitar al cadáver los zapatos y la cartera.

Muy lejos de la verdad se halla, además, quien piense que el terror ejercido en Madrid y consentido por los gobiernos rojos iba dirigido solamente contra las clases más acomodadas de la sociedad o contra un sector de la política española. Es cierto que a los nacional-sindicalistas cupo la gloria de una preferencia en el martirio, pero lo es también que cayeron centenares de víctimas completamente ajenas al Movimiento nacional. Los tres pilares de nuestra revolución nacional eran —decíamos— estudiantes, militares y obreros. Y así, en el recuento de los caídos, ha de observarse que en obreros, en militares y en estudiantes se cebó el terror marxista.

Los trabajadores que posean una información precisa sobre la política en los medios proletarios españoles durante los últimos años, podrán formarse una idea de lo que fue el régimen de asesinatos en toda la zona roja, con lo ocurrido al POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). El POUM fue, a los pocos meses de comenzada la guerra, sometido por parte del Partido Comunista de España (Sección Española de la Internacional Comunista) a una persecución idéntica a la que en escala internacional llevaba Stalin y la Komintern contra los trotskistas y los sospechosos de trotskismo. Siguiendo, en esto como en todo, la pauta marcada por el despotismo ruso, el Gobierno español cedió a las insinuaciones del Partido Comunista, y pronto la situación de los adeptos al POUM llegó a ser insostenible. La hostilidad de las esferas sociales, la prensa (salvo la prensa confederal) y la policía, se acrecieron en tal proporción, que los comunistas del POUM se vieron lanzados a la aventura trágica de la primavera de 1937. Fracasado el “putsch” de Barcelona, el terror staliniano de Valencia se ensañó en ellos. Asesinado su líder Andrés Nin, la persecución tomó caracteres de matanza. He aquí otro aspecto del terror en la España roja, que apunto como un simple dato para que los trabajadores puedan formar su juicio, pues a nosotros ni de cerca ni de lejos nos atañe.

El Ejército

Por último interesa que hagamos una referencia al Ejército. Los líderes marxistas dieron en bautizarle con el nombre de Ejército Popular. Bajo esta denominación se escondía una nueva mentira. No era popular un ejército integrado en sus vanguardias por mercenarios internacionales al servicio de la III Internacional, y en escala española por una oficialidad improvisada a quien faltó tiempo para olvidar su extracción revolucionaria.

El voluntariado, que oficialmente era la base del ejército, se convirtió pronto en un régimen de forzados. Las levas reclutadas en los sindicatos, y con harta frecuencia en las calles de las grandes poblaciones, bastan para probar cuál es el régimen interior del ejército rojo.

Recuerdo ahora unas palabras de Franco, escritas va para veinte años, en un libro de historia militar. “El soldado voluntario —decía el entonces comandante Franco— es como todos los soldados, y lo que mejora su calidad es la elección de cuadros, el poder llevar a ellos una oficialidad entusiasta y valerosa, que les eduque en un credo de ideales”. (“Marruecos, Diario de una bandera”, Madrid, 1922, pág. 279).

La oficialidad roja, ni entusiasta ni valerosa, es incapaz de educar a sus soldados en un credo de ideales porque a ella no le anima otro motivo que gozar de una situación de privilegio. De la eficacia militar de la oficialidad roja, pueden hablar veinte meses de derrotas. De su raigambre popular, puede hablar el hecho de que jamás el soldado se ha sentido, en toda la historia militar de España, más distanciado de sus oficiales, más apartado y separado de ellos por un régimen de castas y diferencias.

La entrega de España

Si resumiésemos el panorama esbozado hasta aquí, hallaríamos en la zona azul, una retaguardia unida y constructiva, donde la vida ha mantenido un nivel decoroso y digno, a pesar de la guerra; en la zona roja, una retaguardia entregada a las luchas de los partidos y una economía en postración absoluta. Aquí un ejército victorioso, dotado de sentido popular, donde la hermandad del combatiente es una forma más de la unidad nacional; allá, un ejército cuya disciplina mantiene el terror y en que un abismo separa a los soldados de sus improvisados oficiales. Aquí, en suma, una revolución nacional-sindicalista que propone a los trabajadores la camisa azul; allá, una revolución que os impone la camisa de fuerza.

Y entonces preguntaréis, ¿por qué se resiste?

No por la voluntad del pueblo. Se resiste por los compromisos que los dirigentes rojos han adquirido con las naciones extranjeras que les ayudan.

Se resisten por la presión de la “democracia” francesa y de la “democracia” soviética, dispuestas a exprimir hasta la última gota del sudor de los trabajadores que padecen la tiranía marxista. No hay ni un adarme de españolidad en la resistencia roja. Detrás de esa terquedad cruel no hallaréis ni heroísmo ni grandeza. Es la contumacia de la derrota, impuesta desde el extranjero y por el extranjero, para dar tiempo a que la explotación se realice hasta sus últimas consecuencias.

III. LOS TRABAJADORES Y LA REVOLUCIÓN NACIONAL-SINDICALISTA

La ruta nacional-sindicalista

Los caminos de la revolución roja no ofrecen, por tanto, a los trabajadores, sino perspectivas de miseria y esclavitud. Pero frente a ellas, se yergue triunfadora, la revolución nacional-sindicalista, única que desde hace años, se ofrecía a éstos como coyuntura venturosa de liberación económica y de ingreso en una integración total de la patria.

Hoy el triunfo militar y político del nacional-sindicalismo ofrece a los trabajadores la garantía de una vida digna y holgada. Pero hace ya cinco años que un grupo de españoles proclamábamos esta verdad ante los trabajadores. Fue preciso que los acontecimientos vinieran a darnos la razón que entonces nos negaban los dirigentes marxistas.

Permitidme que haga una referencia a mis propios textos de cinco años atrás. Eran los meses revueltos de 1933. Las JONS de Galicia nos dirigíamos entonces a los trabajadores, sosteniendo que solamente el nacional-sindicalismo estaba en la línea justa de la revolución. La burguesía podrá especular, decíamos, con los dirigentes traidores del marxismo o los burócratas sindicales, pero no con nosotros. Negábamos la lucha de clases, y a cambio de ella ofrecíamos la justicia social. He aquí mis palabras de entonces:

“Os dicen que quienes niegan la lucha de clases son vuestros enemigos. Pero tienen buen cuidado de ocultar que existe en España una minoría nacional que niega la lucha de clases postulando la creación de un Estado cuyas bases sociales y económicas sean tales que la miseria y la explotación no puedan darse como en los países capitalistas que se dicen gobernados por el pueblo, es decir, demócratas. Una base social en la que la iniciativa privada y el esfuerzo de colaboración a ella estén fundamentalmente armonizados. Para llegar a ese Estado nacional es necesario tomar las medidas revolucionarias que solamente un Estado basado sobre la patria misma, sobre el espíritu nacional y la eficacia sindicalista pueden realizar. A partir de la instauración de ese Estado la lucha de clases carece de sentido.

La burguesía teme a ese Estado. Teme el movimiento ascendente de las masas obreras. No las teme por el camino socialista. No las teme en el frente disperso y anárquico de la CNT. No las teme tampoco en la pesada demagogia soviética. Pero las teme en su cauce sindicalista y nacional; las teme con amor a la patria porque la burguesía tiene lazos financieros internacionales; las teme con amor a los valores eternos y espirituales de España, porque la burguesía es, como el marxismo, materialista”. (*Unidad*, de Santiago, 1 de diciembre de 1933).

Y estas palabras de 1933 permanecen en la línea del movimiento en 1933. Todas las promesas que el nacional-sindicalismo formuló entonces ante los trabajadores, las reitera el Nuevo Estado triunfador y las respalda rotundamente la palabra de Franco: “El trabajo tendrá una garantía absoluta, evitando que sea servidumbre al capitalismo”, ha dicho taxativamente el Caudillo en uno de sus primeros discursos (4-X-1936). Y desde entonces esta promesa ha sido ratificada.

Sólo, pues, la ruta de nuestra revolución ofrece a los trabajadores españoles la plena garantía de su liberación económica. En el terreno de los principios, el viejo nacional-sindicalismo de los meses iniciales y heroicos no ha tenido que ceder ni una línea de su doctrina. En el terreno de los hechos, el nuevo Estado ha sabido afrontar con decisión el problema de los trabajadores y ha mantenido para ellos un nivel de vida superior a cuanto pudiera soñarse en plena guerra civil.

Pero la gran época de nuestra legislación social está todavía en la niebla del porvenir inmediato. No es la guerra una etapa propicia a la ordenación de la vida económica y la solución de los problemas de trabajo. La guerra civil, que ha santificado a España, le ha dado también el punto de partida de la liberación económica de sus trabajadores: es el Fuero del Trabajo.

El Fuero del Trabajo es ante todo un punto de partida, objeto de una compleja legislación, posterior y definitiva, obra de la paz y de la era constructiva que advendrá en la post-guerra.

Para entonces, para ese futuro inmediato de nuestra legislación social, los trabajadores españoles tienen una garantía que jamás partido ni coyuntura alguna de su historia les ha ofrecido, de cumplimiento a rajatabla para todas cuantas promesas hemos formulado ante ellos.

Está, en primer término, la palabra del Caudillo, esa robusta palabra de soldado que jamás ha dejado de cumplirse. En segundo lugar, están las minorías apretadas y firmes del viejo nacional-sindicalismo, vigilantes fieles de la eficacia revolucionaria. Y están por último, las huestes juveniles que han ganado la guerra, medio millón de bayonetas resueltas

a convertir en una realidad el programa del nacional-sindicalismo revolucionario.

Nosotros liquidaremos, en efecto, la lucha de clases. Jamás un estamento económico volverá a lanzarse sobre otro, en tierra española, desangrando la patria en una hipócrita lucha civil. Pero la autoridad que nos da esa negación de la lucha de clases, permite al nacional-sindicalismo triunfante de 1938 advertir a todos lo que ya proclamó el nacional-sindicalismo militante de 1933: a los trabajadores, que no sueñen en perturbar la vida nacional con huelgas y actos de resistencia; a los patronos, que no sueñen con esgrimir los organismos y las leyes de nuestro Estado contra los trabajadores, que no sueñen ellos tampoco con hacer lucha de clases para la defensa de sus intereses privados, pues en España se han acabado para siempre las condenas al hambre y las ofensivas contra los salarios.

Hacemos un Estado revolucionario y de suprema autoridad. En consecuencia, sólo el Estado encauzará la economía, y sólo será posible una economía en la que esté prevista, como decía el lenguaje místico del viejo jonsismo, la salvación de todos los españoles. Economía patria, contra economía de clase.

Nuestro sindicalismo

Os hablamos pues, un lenguaje que jamás os han hablado los partidos de la revolución liberal y de la revolución proletaria. Para una gran parte de los trabajadores españoles, este lenguaje no ha aparecido en la vida nacional con posterioridad al 18 de julio. Hasta muchos había llegado ya nuestra voz, a pesar de la hostilidad y del vacío de los dirigentes políticos y sindicales de la revolución roja.

Pero este lenguaje viene hoy robustecido por la seguridad de la victoria, y es necesario reafirmar la vieja precisión de sus términos. Cuando nos llamamos sindicalistas nacionales, cuando nos inscribimos voluntariamente en la concepción económica que entraña el sindicalismo, ¿Qué queremos decir? ¿Cuál es ese sindicalismo nuestro?

Nuestro sindicalismo nada tiene que ver con el sindicalismo revolucionario que contribuyó a agitar las masas europeas en los últimos decenios. Aquél era un sindicalismo clasista, una grieta más en la unidad de España, un germen más de discordia y de lucha. El nuestro es un sindicalismo totalizador, un capítulo de nuestra unidad, un vínculo más.

Es preciso, por tanto, desentenderse de la antigua concepción del sindicato como sociedad de resistencia o como instrumento de lucha. No se trata de resistir, sino de producir; ni de luchar, sino de crear. Nuestro sindicato es un órgano de la producción, un instrumento para la creación de riqueza.

El estilo del movimiento ha encontrado para designar nuestra idea sindicalista la expresión de “Sindicato Vertical”. He aquí como lo define el Fuero del Trabajo:

“El Sindicato Vertical es una corporación de derecho público que se constituye por la integración de un organismo unitario de todos los elementos que consagran sus actividades al cumplimiento del proceso económico dentro de un determinado servicio o rama de la producción, ordenado jerárquicamente bajo la dirección del Estado”. (XIII, 3).

No hay, pues, sindicatos de patronos en pugna con sindicatos de obreros. Se ha terminado el antagonismo agotador interpolado en un momento dado del ciclo de la producción. Hay un solo sindicato que agrupa a cuantos elementos contribuyen a la producción y realiza la economía nacional a través de ese conjunto jerarquizado. El Sindicato Vertical, por lo tanto, es todo lo contrario que un órgano de la lucha de clases como lo concebía el viejo sindicalismo disolvente, pero también todo lo contrario que un instrumento hipócrita de la ofensiva patronal, como lo concebiría la mentalidad capitalista, no menos disolvente que la otra.

Entonces, ¿Al servicio de quién está el Sindicato Vertical? De ningún interés privado: sino simplemente al servicio del Estado” (Fuero, XIII, 5).

Y el Estado al servicio de la Patria, de la cual es exacta la proyección política. Esta concepción tiene su desarrollo inmediato en el decreto de 21 de abril del 38, cuyo artículo 7º dice tajantemente: “Se prohíbe la constitución de nuevos sindicatos o asociaciones cuya finalidad sea la defensa de intereses profesionales o de clase”. Todo, pues, lo unifica el Estado, todo se totaliza en el seno del Estado. De una vez, la economía anárquicamente subvertida por el capitalismo contra los valores superiores, queda sometida a servidumbre: en lo sucesivo, la Economía será instrumento de la política nacional.

El impulso revolucionario

Entonces, ¿De dónde deriva el impulso revolucionario que vigoriza el Sindicato Vertical? ¿Quiénes infundirán a éste el aliento preciso para llevar a cabo la revolución nacional-sindicalista y realizar con ella, a la vez que la salvación de España, la salvación económica de sus trabajadores?

El mismo Fuero del Trabajo contesta explícitamente: “Las jerarquías del Sindicato recaerán necesariamente en militantes de Falange Española Tradicionalista y de las JONS” (XIII, 4). Y el decreto citado lo aclara con una última precisión: “Artículo 4º La Central Nacional-Sindicalista estará en comunicación constante con la Falange Española Tradicionalista y de las JONS para realizar los ideales políticos de nuestra revolución nacional-sindicalista en el campo de la economía”.

O dicho en otros términos: la Falange, órgano político de la unidad de España, realizará la revolución nacional a través del Sindicato Vertical, órgano económico de la misma unidad de España.

Este principio de unidad y coordinación de los españoles, establecido en los textos legales del nuevo Estado por lo que concierne a los trabajadores, encierra para éstos un claro significado. Equivale, camaradas, a una llamada que os hacen el Estado, la revolución nacional y la Falange. Es toda una invitación a encuadrarse en la disciplina militante y creadora de la Falange. En ella y dentro de ella podrán los trabajadores influir en la vida económica y política de España como jamás pudo soñarse. Dentro de la Falange sólo hay jerarquías; jerarquías y no cacicazgos, jerarquías accesibles a todo español que acepte y profese la doctrina y la disciplina del partido. Renunciar a la Falange los trabajadores significa renunciar a los Sindicatos, a la influencia sobre la economía, y en definitiva, a la revolución.

Al comenzar esta conferencia os he hablado de la actitud que impera en la Falange: un ansia de concordia, de generosidad y de paz. La voz autorizada, militar y militante, que el 19 de abril hizo en Burgos profesión de hermandad nacional-sindicalista, es la voz entera de la Falange. Toda ella, toda la Falange y su esencia misma han hablado por boca del camarada de la Victoria.

Ni un solo trabajador español puede desoír nuestra llamada, si queda en él un adarme de aliento revolucionario. Le llaman la patria y el bienestar moral y material de sus camaradas. Le llaman la revolución nacional y la Falange.

Un partido no puede rectificar, no puede equivocarse en el orden de los principios. Pero un hombre sí. Bajo las banderas de la Falange han militado camaradas provenientes de los más distantes sectores revolucionarios. Y han resultado después ejemplares en el sacrificio y el esfuerzo. En ellos se ha dado una evolución moral y política perfectamente justa, absolutamente lícita y honrada; una evolución frecuente en toda la Europa juvenil de la post-guerra. La Falange invita a todos los trabajadores españoles que todavía, en la intimidad de su conciencia, no se sientan ganados para la causa nacional, a revisar sus convicciones, a plantearse con dura sinceridad la crítica de sus principios. La Falange sabe que todo trabajador español que emprenda con absoluto rigor semejante tarea de revisión y de crítica, concluirá comprendiendo la justeza de nuestras posiciones teóricas y sintiendo el calor de nuestra mística nacional.

Que venga a nuestras filas todo el que sienta en sí esta transformación profunda y salvadora. Pero que el que venga, lo haga con propósitos irrevocables de lealtad. La Falange no hace recluta de forzosos. Por lo mismo, exige hasta el máximo del sacrificio y de la entrega. Quien no quiera venir a la Falange con este espíritu de lealtad y de servicio, que permanezca fuera de nuestras filas, pues en ellas no caben los traidores. Desde el más alto hasta el más bajo en la Falange, el traidor se juega la cabeza.

Los ideales de la revolución

Veis, camaradas, que en lo que concierne a vuestro bienestar material nada hay, nada absolutamente, de cuanto el marxismo os había prometido que no pueda dároslo con creces la revolución nacional-sindicalista. Todo, incluso la influencia personal y efectiva en la vida política de España.

Pero el gran engaño del marxismo consistía en proclamar que era únicamente el bienestar material de las masas lo que se ventilaba en la revolución, colocando en segundo plano todos los valores no económicos, relegando los valores espirituales y morales a un problemático “por añadidura”.

Nosotros alzamos rotundamente nuestra voz para desmentir falsedad semejante. Se ventilaba el bienestar material, en efecto, pero junto a eso y sobre eso, se ventilaba el ser mismo de España, el culto a nuestros valores y el

derecho a acatar sus jerarquías augustas. Y esos valores de nuestra tradición y nuestra Patria eran ante todo patrimonio del pueblo, y con él y para él pretendíamos rescatarlos, salvándolos de la amenaza marxista.

Los marxistas habían construido una mitología deleznable y esquemática, un mezquino tinglado con pretensiones de ideal político, para ocultar de alguna manera la desnuda y brutal realidad de la doctrina del materialismo económico, eje de la concepción revolucionaria, que va desde Engels y Marx hasta Lenin y Bujarin. La cúpula de ese tosco almacén de ideales rojos era la idea del internacionalismo. De la vieja doctrina liberal de la revolución burguesa habían tomado a abstracción “Humanidad”, y habían transferido la pretendida validez universal de este término a la concepción, más mezquina todavía de proletariado. Sobre esto habían basado la idea internacionalista, y en las banderas mismas de sus organizaciones inscribían el rótulo de I ó II ó III Internacional.

Ahora bien: en una doctrina de materialismo atroz, que comienza por constituir toda la historia sobre las relaciones económicas y concluye por excluir de la política cuanto no venga determinado por las estrechas categorías de la concepción clasista, en una doctrina así, la palabra “internacionalismo” venía a ser un simulacro de ideal, el único, el exclusivo asidero para calmar el hambre esencial de ideales que está en el fondo de la conciencia humana, lo mismo de la conciencia individual que de la conciencia plural de las masas. Y a este asidero se abrazaron apasionadamente los trabajadores conquistados por los sofismas marxistas. Por eso a estas alturas el fantasma del internacionalismo tiene demasiada fuerza entre las masas para que yo pueda omitirlo en esta reseña breve, pero total de los problemas relacionados con nuestro Movimiento y los trabajadores.

Es preciso establecer una distinción previa. Existen problemas supranacionales. El Estado no puede resolver en escala nacional cuestiones que afectan a su relación con otros Estados: problemas técnicos (transportes, medidas higiénicas, policía, etc.) y culturales que atañen a varias naciones o a todas. Es decir, problemas típicamente internacionales. El Estado nacional-sindicalista español no va a privarse, naturalmente, de la colaboración en escala internacional con todos los demás países, para la resolución de estos problemas comunes o generales. Precisamente la forma de que esa colaboración sea eficaz en el orden internacional es realizarla en nombre de una patria, de una unidad altiva e indestructible.

Pero el internacionalismo como doctrina es algo muy distinto de ésta. Basarse en que existan problemas internacionales que las naciones deben resolver conjuntamente, para proclamar que las naciones mismas, la idea de patria, no tienen razón de ser es un sofisma descarado y cínico.

Existe, trabajadores, una universalidad del hombre. Precisamente lo que las masas han venerado en el mito liberal abstracto y retórico de la “humanidad” y en el mito marxista de la “Internacional” es esa universalidad del hombre. Los trabajadores seducidos por la revolución roja han buscado saciar su sed auténtica de universalidad en esos simulacros falaces, esgrimidos con torcidas intenciones políticas. Todo hombre aspira, en efecto, a realizar su universalidad, a sentirse humano. Pero a nadie es dado sentirse profundamente humano y universal, si no es a través de sí mismo, de su propia e irrevocable naturaleza.

El español no logrará su plena realización universal sino a través de su condición concreta de español. Es un error pensar que la universalidad del hombre se logra renunciando a lo que le constituye en esencia (la tradición, la patria, la cultura nacional) y sustituyéndolo por los aspectos puramente materiales de la existencia: la economía, las meras relaciones de producción en que se basa el sofisma marxista. Por el camino del marxismo, por el camino del internacionalismo lo más que se conseguiría sería una uniformidad mecánica y brutal del género humano en espantosas colmenas sin alma.

Precisamente lo que el hombre apetece y lo que exige la dignidad misma de su naturaleza, es todo lo contrario a la uniformidad mecánica soñada por el comunismo. En el más profundo y sagrado rincón del hombre existe un ansia de realización universal y humana; ahí radica la mejor y más alta tendencia de nuestro ser, ahí radica el vivo sentimiento de cuya fecundidad el internacionalismo no es sino grotesca caricatura.

Conste, pues, trabajadores, los que aún llevéis ese espejismo de las Internacionales en vuestro espíritu, conste que tan sólo a través de una doctrina intensamente nacional realizáis lo que haya en vosotros de humano y de universal. Sólo sintiéndos íntimamente españoles, ansiosamente españoles, podéis alcanzar la suprema categoría de universalidad apetecida por vosotros y la suprema facultad de inteligencia y acuerdo con las demás gentes y pueblos de la tierra. Nuestro nacional-sindicalismo, nuestro grito de España una, grande, libre, contiene cabalmente la ancha y abierta realización de vuestra hambre de universalidad. Frente a ella, el internacionalismo es una triste y fría limitación, contra

lo que a primera vista pudiera pareceros. Una limitación: es decir, exactamente lo contrario de lo que confiesa ser. Porque esa es la táctica marxista: embozarse bajo formas opuestas a las esencias profundas de su doctrina.

Y este sentimiento de la patria es tan universal y tan evidente, que el marxismo, después de pasarse cerca de un siglo negándola reiteradamente, poniendo sobre la patria el mito disolvente de la internacional, no ha tenido otro remedio al estallar la guerra civil a que asistimos, que recurrir al sentimiento popular de la patria, y procurar explotar en las masas ese sentimiento que antes había combatido y ultrajado por todos los medios. Porque camaradas, del cinismo marxista todo puede esperarse, y en este aspecto ha batido su record más infame.

Por eso, trabajadores, la Falange os propone, como ideal de la revolución nacional-sindicalista, el culto sin límites a la idea de patria, raíz humana de nuestro ser, íntima razón de nuestra presencia en la vida.

El marxismo no ha sabido hablaros sino del bienestar material que nuestra revolución os garantiza con mucha mayor energía que cualquier otra doctrina de cuantas han aparecido en el horizonte político de España. Pero sobre esa mínima aspiración del bienestar material, el nacional-sindicalismo os ofrece, además, todo un orden superior de ideales, toda una actitud radical ante la vida que jamás podría brindaros el marxismo. El materialismo marxista no podría hablaros, como la Falange, de la patria, el honor de la hermandad, el sacrificio, el servicio, todas esas cosas esenciales y profundas que la revolución os niega. La Falange afirma todas esas verdades eternas y nace de ellas el eje de nuestra actitud ante la vida, y en consecuencia, ante la política y el destino de la patria.

La Falange tiene un supremo interés en afirmar públicamente, y en que sepan los trabajadores, que nuestra revolución no se basa en ningún género de materialismo, ni económico ni vital, sino en un orden superior de verdades que atañen a las esferas del espíritu, es decir, a las más altas categorías en que podemos poner los ojos.

En nombre de ellas y por ellas hacemos la revolución nacional-sindicalista. Quede claro, trabajadores, que os hablamos el lenguaje que merecéis: el lenguaje de los ideales; ni necesitamos ni recurrimos al lenguaje brutal, marxista y mezquino de los intereses. Esta contraposición es el eje de nuestra lucha: los ideales, no los intereses.

Las tres etapas

Finalmente, quiero hacer una referencia a las tres etapas de nuestra empresa. Ella, nuestra empresa, nuestra obra, tiene tres momentos históricos que es preciso exponeros con tajante claridad. Son éstos: la guerra, la revolución, el imperio. Ya os he hablado extensamente de la guerra y su significado. Algo hay que añadir, sin embargo. Algo que vale la pena que sepáis, precisamente los trabajadores.

Se ha interpretado frívolamente la guerra española, diciendo que es la ofensiva contra el marxismo y la revolución. Tampoco agota el sentido de nuestra guerra, afirmar que se trata mediante ella de salvar la civilización occidental.

No hacemos la guerra contra el marxismo. No termina ahí el sentido de nuestra guerra. El marxismo ha sido el enemigo que España ha encontrado en su resurgimiento nacional y que en esta guerra quedará definitivamente aniquilado. La civilización occidental se beneficia en nuestra lucha, y España se ha convertido en barrera infranqueable para la revolución marxista que la amenazaba en sus cimientos.

Pero estos objetivos que nuestra guerra cumple incidentalmente, no son las direcciones entrañables y profundas de la lucha española. Nuestra contienda tiene un sentido histórico más hondo, más universal. Luchamos por nuestra revolución nacional-sindicalista, no para aniquilar a tal o cual enemigo, ni para salvar tal o cual cultura en decadencia. El exterminio del enemigo y la salvación de Europa son en todo caso jornadas del camino, no el camino mismo. Las metas lejanas y reales están en el ser de España, en la propia intimidad de la patria. Luchamos por nuestra revolución, en primer lugar, y en segundo lugar por brindar al mundo los postulados y el sentido moral y creador del nacional-sindicalismo.

Esa es la razón profunda de la guerra. Ahí radica su íntimo sentido. La post-guerra, ultimaré la revolución, conservando el nacional-sindicalismo en las instituciones sociales y políticas de España.

Y después, realizada la revolución subsiguiente a la victoria, abriremos en el porvenir de la patria las rutas finales y gloriosas del Imperio.

Se ha habado en exceso del Imperio, y también es preciso ventilar ante vosotros qué es esto, qué pide y pretende la juventud de la Falange cuando brinda a España la coyuntura heroica del Imperio.

El Imperio es, simplemente, la expansión nacional-sindicalista de la patria. El Imperio arranca de nuestro triunfo

en la contienda civil y de la realización íntegra del nacional-sindicalismo. Esta tercera etapa de nuestra empresa hunde sus raíces en las dos etapas primeras, la guerra y la revolución.

El marxismo ha difundido arteramente una concepción tosca y materialista del imperialismo. Para Lenin, en su terminología neo-marxista, imperialismo es la etapa final del capitalismo, es decir, la etapa de los grandes monopolios, las concentraciones del capital, la rivalidad rapaz de los financieros, la lucha por los mercados y el reparto sangriento de las colonias.

En este sentido puede hablarse del imperialismo yanqui, y no es una cosa muy superior a todo esto el imperialismo británico, ni muy distinto de ello el imperialismo soviético, simple capitalismo de Estado embozado en hipócrita fraseología revolucionaria.

Nosotros, nacional-sindicalistas, al hablar de Imperio, queremos significar algo muy diferente de todo ello, algo que no cabe en la mezquina y capciosa definición neo-marxista del imperialismo.

Decimos Imperio en su genuino y primitivo sentido. Imperio para nosotros es rango, jerarquía y poder. El rango que a España corresponde en la política mundial, la jerarquía establecida de fronteras a dentro para garantizar nuestra eficacia de fronteras a fuera, y el poderío que a una gran nación creadora corresponde en el mundo.

Nuestro Imperio será la expansión de nuestra cultura, la realización de nuestro irrevocable destino nacional. Los más videntes espíritus de Europa han repetido con insistencia que a España estaba reservada la gran misión renovadora de la cultura. Hermann Keyserling, perspicaz y leal, escribía en momentos de postración española y de turbio desdén europeo por las cosas de España, que nuestra patria era el país de más hondas reservas éticas del mundo; el país destinado a revelar un nuevo sentido moral para remediar la decadencia visible de la cultura occidental. Y cuando todas las apariencias proclamaban lo contrario, Keyserling afirmaba que en España no había habido jamás real y verdadera decadencia, sino decadencia aparente y superficial, bajo la cual habían subsistido íntegras las capas profundas e intactas de la patria.

Esta aguda videncia de la realidad española ha sido después comprobada en el grandioso estallido de vitalidad y sentido ético que es la guerra civil. Por primera vez una gran patria europea ha planteado con las armas en la mano, de una manera definitiva y tajante, la necesidad de elegir entre una revolución inspirada por el rencor y una revolución inspirada por los valores ideales de la tradición y de honor. Esta ha sido la gran lección de ética que España brinda a la historia de Occidente. Se lucha dignamente por un nuevo sentido de la vida, cuando en la lucha se juega la vida misma de los hombres y la patria. Pues bien, ahí, en ese tradicional sentido ético, con esa soberbia lección de moral, está la raíz de nuestro imperio, y aún más, la raíz de nuestro derecho al imperio.

Llevar al mundo nuestro sentido hispánico, individualista y único de la vida, es nuestra misión primera. Proponer y extender nuestra cultura tradicional o histórica, proyectado sobre el momento actual del mundo, es nuestra inmediata tarea. De ahí arranca el Imperio a que aspiramos.

Pero quede bien aclarado, pues he venido a hablaros con la verdad en los labios, que el Imperio no es solamente una actitud misional y una voluntad nacional de difundir nuestra cultura. Nuestro Imperio será algún día legítima vocación de poderío, resolución implacable de mando y predominio. El Imperio, además de sus justificaciones morales y culturales, requiere una base territorial. Sin aquellas justificaciones, no sería Imperio, sería una Compañía de explotación económica encubierta bajo las formas políticas del Estado. Sin base territorial, tampoco existe imperio: pues no podemos dar este nombre a una melancólica peregrinación de inofensivas misiones culturales.

La historia de Occidente no ha conocido sino dos momentos imperiales, bien definidos y de grandiosa arquitectura, bajo la cual han acampado las naciones y ha encontrado la vida un nuevo y exaltado sentido. Uno ha sido el momento de Roma y otro el momento de España. El siglo I y el siglo XVI de nuestra era. Y digan lo que quieran los retóricos de otros países, no ha habido en la historia occidental más imperios que esos, en la acepción profunda, espiritual y creadora de la palabra. Pero un pueblo no tiene una sola coyuntura, ni una hora única. No somos musulmanes ni estamos adscritos a ninguna filosofía de simbolismo barato e importación extranjera, para admitir la concepción fatalista de que la hora de un pueblo suena una sola vez en su vida. La hora de un pueblo suena en la historia tantas veces como el pueblo quiere, cuando su voluntad y su heroísmo le traen a un primer plano en la vida del mundo. Y la hora de España suena de nuevo, porque el pueblo lo ha querido.

Nosotros cantábamos un himno, camaradas, en los tiempos revueltos y duros de 1933...

No era el himno de alto lirismo y entusiasmo ardoroso que habla de los luceros y el amanecer. Pero era también,

un himno de enorme emoción y poderoso acenso. Por primera vez, a través de ese himno, el viejo himno jonsista de 1933, las juventudes de España entregaron estrofas imperiales a los aires libres de la patria. Un leal camisa vieja jonsista, el camarada Juan Aparicio, la había compuesto para España y sus jóvenes mejores. Decía así en su estrofa final:

Sobre el mundo cobarde y avaro,
sin belleza justicia ni Dios,
impongamos nosotros la garra,
del imperio solar español...

Y en esos versos se encerraba líricamente todo el ser de la revolución nacional española. Para el mundo hacíamos la revolución. Para rescatarlo de su avaricia y su cobardía, es decir del materialismo agotador y estrecho de nuestro tiempo, hacíamos la revolución para renovar la historia del mundo, para dar a Europa una nueva belleza, la sobria belleza de nuestro estilo, y una nueva justicia, la justicia ejemplar y revolucionaria de nuestro sindicalismo nacional, y también para recordarle un Dios a la vez nuevo y antiguo, el Dios eterno de nuestros padres, el Dios de Juan de la Cruz y de Miguel de Unamuno.

Y todo esto, con brío legendario, con furia hispánica, lo brindábamos a Europa entonces y lo ofrecemos de nuevo a Europa en nuestro futuro imperial, poniendo en la empresa un duro amor implacable. Haremos de ello misión y destino de España, a la vez proponiéndolo e imponiéndolo, elevando fraterna y duramente en el porvenir del mundo, la garra de nuestro imperio solar, o lo que es lo mismo, fundando de nuevo en la tierra el solar de nuestro imperio.

Hoy más que nunca nos parecen proféticas aquellas palabras de Ramiro Ledesma, el camarada inolvidable, cuando aludiendo a la intervención de España en la presente crisis de Europa escribía al final de un libro memorable: “Quizás la voz de España, la presencia de España, cuando se efectúe y logre de un modo pleno, dé a la realidad transmutadora su sentido más perfecto y fértil, las formas que la claven genialmente en las páginas de la Historia universal”. (“Discurso a las juventudes de España”, Madrid, 1935, página 222).

La Falange, que no ha prescindido jamás de los trabajadores, necesita hoy de su concurso para la triple tarea de los españoles: ganar la guerra, lograr la revolución y crear el Imperio.

Y es por esto, por lo que me dirijo a un público obrero en su mayoría, por lo que quiero cerrar mis palabras de hoy repitiendo una vez más ante vosotros la consigna de la movilización de todos los españoles, la vieja consigna de 1933, creada por el camarada Ramiro Ledesma, refrendada por el camarada José Antonio Primo de Rivera, ausentes ambos, y presentes los dos en nuestro afán; impuesta luego para siempre por la espada victoriosamente española de Franco*: por la Patria, el Pan y la Justicia.

¡Arriba España!

SANTIAGO MONTERO DÍAZ

* Montero Díaz confiaba, en 1938, que el recién nacido Régimen franquista llevaría a cabo la revolución nacional-sindicalista. No fue así. Procedente del comunismo, Montero Díaz entró en las JONS. Tras la unificación de las JONS y FE se negó a participar en el nuevo partido. Tras la guerra, en un primer momento, confió en Franco, pero al poco se percató de que cualquier proceso revolucionario era incompatible con el Régimen y, ya en los años sesenta, participó activamente en la oposición democrática a la dictadura e incluso mantuvo relaciones con la extrema izquierda chilena [nota de la redacción de *Patria Sindicalista*].